

MOGOLLÓN DE PEÑA

Mucho, abundante, una cuantía increíble, excesivo o desproporcionado en el lenguaje coloquial ordinario. *Cantidad*, un *pasote*, *demasié* o la *remangüeva* en el contaminado argot callejero de no pocos adolescentes. El modismo mogollón y su versión adverbial tienen una versatilidad apabullante. Si lo aplicas a muchas personas salen expresiones como la del título para dar a entender que mucha gente tal o cual cosa.

CORRE, FORREST, CORRE

Buena parte de la película *Forrest Gump* la forman *travellings* del protagonista corriendo. De niño ante los abusones del pueblo o en Vietnam para salvar la vida del teniente Dan, Forrest corre como un jabato a lo largo de los 137 minutos que dura la cinta. Deprimido y solitario, tras la muerte de su madre, Forrest se pone a trotar por todo el continente –de costa a costa– en unas secuencias memorables. A lo largo del camino se le van uniendo algunos adeptos hasta llegar a formar un pelotón de unos cincuenta corredores. Cuando 3 años, 2 meses, 14 días, y 16 horas más tarde se detiene, decide no seguir corriendo y da media vuelta, la pequeña multitud que corre tras él se frena y extasiada espera una declaración. Nada dice el mítico corredor y uno de los que le han seguido por todo el continente, al ver que el inútil correteó se ha acabado, se atreve a reprocharle: *Y nosotros, ¿qué hacemos ahora?*

Me parece una metáfora genial de tantas modas vacías que hoy día arrastran a buena parte de la gente joven hacia ninguna parte. Participan sin saber por qué ni para qué en maratones existenciales que no conducen a nada y que dejan el alma lastrada y con el regusto de haber perdido lamentablemente el tiempo.

En el anonimato hasta los más cobardes se atreven a mostrarse audaces. Escondidos entre una masa vociferante, hay tímidos que no se recatan de arrojar una piedra o un puñado de barro. En una meditación del *Vía Crucis* de 2005, el entonces Cardenal Ratzinger consideraba que ni Pilatos ni la mayoría de las personas que estaban presentes en el juicio a Jesús de





Nazaret en el pretorio de Jerusalén eran monstruos de maldad. Pero en aquel momento están sometidos a la influencia de la muchedumbre. Gritan porque gritan los demás y como gritan los demás. Y así la justicia es pisoteada por la bellaquería, por la pusilanimidad, por miedo a la prepotencia de la mentalidad dominante. La sutil voz de la conciencia es sofocada por el grito de la muchedumbre. La indecisión, el respeto humano, dan fuerza al mal.

COMPLEJO GREGARIO Y CAUSAS JUSTAS

Los sociólogos llaman complejo gregario (de grex-gregis: rebaño) a la tendencia de dejarse arrastrar fácilmente por las corrientes sociales. Si mogollón de peña va por determinadas veredas, los más se sienten seguros al calor de la multitud. Tanto da que el mogollón sea visible y vocinglero como en los botellones, en las fumadas de petas a cielo abierto o en el magreo jugueteo de las discotecas, como que se haga en privado pero con un mimetismo completo de la tendencia generalizada. Así se corre para experimentar el sexo, la violencia o la última gansada cibernética colgada en Internet. Todos –galgos y podencos– tras la liebre de hojalata.

Cuando la carrera es intrascendente como la de los que los que seguían a Forrest en su trote cochinerero, vale. Pero, ¡ay!,

si en el juego de seguir al mogollón nos dejamos la conciencia, la personalidad, la sencilla regla moral de hacer el bien y evitar el mal, la cosa empieza a ponerse de color hormiga.

Mientras tecleo estas líneas escucho una canción de Fito y los Fiti-paldís que dice: *Qué pena estar siempre pegado al suelo / el cielo queda demasiado lejos / tendré que soñar que*

puedo volar / No es nada fácil cuando estas perdido buscar / la música entre tanto ruido / no puedo escuchar, no puedo escuchar...

Parece que son muchos los que se sienten cómodos cuando su personalidad se diluye hasta desaparecer en un grupo confortable que les dota de identidad y les ahorra el esfuerzo de ser ellos mismos. Por eso tienen tanta fuerza las modas, las tribus urbanas o las manías que alcanzan renombre universal. Basta seguir las para ser aceptado por los de la misma cuerda y encontrar una razón para vivir. Pero las neurosis afloran tarde o temprano cuando se cae en la cuenta de que la masa no puede suplantar impunemente al yo.

ÁGUEDA, IÑAKI Y LOS DEMÁS

Me admira encontrar quienes no se dejan llevar por la corriente y hacen cosas insospechadas simplemente porque lo consideran bueno.

Cuando falleció una persona conocida, la familia me insistió en que acudiera al velatorio que estaba instalado en su casa. Comoquiera que surgieran algunas dificultades de horario y desplazamientos, la cosa se resolvió cuando me avisaron de que pasaría a recogerme una de las nietas de la difunta. Al entrar en el coche me encontré sentado junto a una

jovencita de veinte años, estudiante de arquitectura y guapa a rabiar, que resultó llamarse Águeda. Como aún coleaba el verano, llevaba un vestido corto y sugerente que realzaba y de qué manera su tipazo. Yo iba un poco cohibido como suele ocurrirme con la gente que aglutina las tres características de ser guapa, rica y aristocrática.

Para romper el hielo, se me ocurrió preguntarle a qué había dedicado sus vacaciones veraniegas. No me hubiera sorprendido escuchar que había navegado por el Caribe, o que había estado de safari en el Kilimanjaro o tostándose al sol en las playas de Isla Mauricio. Lo que me hizo enarcar las cejas fue oír: *Me lancé. Tenía miedo de ir sola y sin conocer a nadie, pero me fui a Camboya de monitora en un campamento de niños mutilados por las minas antipersona. Dos meses inolvidables.* De ahí la conversación derivó en las actividades que desde pequeña había querido hacer y que se resolvían en gastar su tiempo en ayudar a los demás. *Chapeau por Águeda.*

En fechas cercanas volví a revivir la escena. En este caso era una boda de alto copete y el problema del transporte no era de ida sino de vuelta. Uno de los hermanos de la novia se brindó a llevarme a casa. Un muchacho de veintitantos, con un puestazo en una multinacional, un sueldo excelente y la vida completamente resuelta. Al llegar al aparcamiento me hizo subir a un descapotable de esos que sólo se ven en las revistas y en las películas de James Bond. Pensé que al llegar a mi barrio tendría que subirme las solapas de la chaqueta no fuera a reconocermé algún

vecino y se escandalizara al verme montado en semejante trasto.

Pegamos la hebra –Iñaki es un muchacho excelente y locuaz– y al poco terminé enterándome que su tiempo libre lo dedica a ser voluntario en uno de esos servicios municipales de ambulancias y urgencias médicas que hay en las grandes ciudades. Noches y fines de semana enfundado en un mono de atención sanitaria hasta completar las dos mil horas que había echado al asunto en el año transcurrido. De nuevo me tropezaba con un inesperado caballero andante que se salía de la pauta. *Chapeau por Iñaki.*

Hay otros: Jon que a sus diecinueve años lleva dos dedicado a operaciones rescate ante las clínicas abortistas, siempre expuesto a un porrazo de la policía y al desprecio de los Goliats del pensamiento imperado; Ana que lleva años *veraneando* (léase *currando de enfermera*) en uno de los poblados más asolados de Namibia; Nerea y su novio que dedican muchas horas al salir de sus trabajos a rastrear naufragos del cuarto mundo –mendigos, solitarios, alcohólicos y demás marginados que acampan en las puertas de los grandes almacenes cuando los comercios cierran– para darles café, bocadillos y algo de compañía.



Y un etcétera no muy largo pero va-lisísimo. Por su peso y por su coste. Al final, en una sociedad borrega serán ellos y los que son como ellos quienes rescaten nuestra civilización de su rutina y –¿por qué no?– de su ruina.

DEJADME NACER

También es de *Fito* la letra de otra can-ción certera: *Dejadme nacer / que me ten-go que inventar (...)* *La vida es algo que hay que morder / y en cada boca tiene un sabor.* Aquí se conjuga la infinita variedad del binomio “yo y los otros”. Poner mi yo al servicio de los demás es una actitud encomiable. Esconderse tras la peña, aun-que se pretenda hacer en nombre de la libertad, genera esclavitudes como la que describe la versión de Walt Disney del clá-sico Pinocho. El malvado Strómboli y el aparentemente amigable cochero atraen a cantidad de chicos a la Isla de los Juegos. Seducidos por la promesa de hacer lo que quieran –desde jugar al póquer hasta fumar habanos– lo prohibido les va entusias-mando hasta que caen atrapados y em-brutecidos por el vicio. Entonces son transformados en borricos para seguir moviendo las norias y los tiouvivos de la feria, que serán el disfrute de las siguientes remesas de niños.

No pocas veces el gancho es la célebre despreocupación de los jóvenes. Así se justifica el cuarteto de hermanos The Corrs: *No importa que no comamos, / que no durmamos... / Somos jóvenes y cuando*

llegue el mañana, / volveremos a hacer lo mismo. Lo mismo, ¿para qué? Cuando lle-gue el mañana la artritis habrá acabado con cualquier posibilidad de mantener semejante ritmo y en cambio el alma es-tará sembrada de rencores por las opor-tunidades perdidas y por la infinitesimal contribución a todo lo injusto que hay en este mundo.

Tantos jóvenes antisistema que desprecian la sociedad burguesa que han heredado mientras se atracan de porretes, de sexo cibernético o de pago y de violencia ciega. Saben aunque pretendan ignorarlo que su alternativa no ofrece nada mejor y en cambio su modo de vida engorda y sostiene espirales malvadas: el submundo de los narcotraficantes que abastece las discotecas; la trata de blancas y todo el entramado criminal de los prostíbulos y la pornografía; la manipulación de las bandas urbanas o deportivas por adultos sin escrúpulos... Hay una carrera loca hacia la nada en la que participan muchos –de-masiados– corredores.

Leí en Camino una buena disyuntiva: “¿No gritaríais de buena gana a la juventud que bulle alrededor vuestro: ¡locos!, dejad esas cosas mundanas que achican el cora-zón... y muchas veces lo envilecen... dejad eso y venid con nosotros tras el Amor?”

He aquí una carrera que sí vale la pena. Mogollón.

Javier Láinez

SUSCRIPCIONES E INFORMACIÓN: ASOCIACIÓN ARVO • PZA. SAN CRISTÓBAL, 20 - 1º B • 37001 SALAMANCA
TELÉFONOS: 923 26 13 03 - 923 26 66 92 • FAX: 923 21 65 11 • E-MAIL: arvo@casablan.org • www.casablan.org



**EL HOMBRE
QUE HACÍA
MILAGROS**

**Director: Mel
Gibson**

15 €

www.casablan.org

PEDIDOS:

Tlf.: 923 26 66 92

923 26 13 03

e-mail: arvo@casablan.org

**Dibujos
animados.
Colección Héroes
de la Fe.**

18,50 €

**SAN JOSEMARÍA
ESCRIVÁ DE
BALAGUER.
Infancia y
juventud.**

